

## 052. Buscando el rostro de Dios

Un salmo de la Biblia nos hace esta recomendación tan bella: *Buscad siempre el rostro del Señor.*

Enardecido otro salmista, exclama entusiasmado: *¡Tu rostro buscaré, Señor!*

Un nuevo salmista ruega miedoso: *¡Señor, no apartes de mí tu rostro!*

Finalmente, uno le pide a Dios con una gran confianza: *Haz resplandecer tu rostro sobre este tu siervo, ¡y sálvame por tu gran bondad!*

Todas estas expresiones van a lo mismo: Dios y nosotros mirándonos a la cara, como dos amantes que no pueden dejar de contemplarse. Nosotros con ansia de Dios, y Dios sonriéndonos con bondad.

Nosotros suspirando por Dios, como le decimos con otro salmo: *¡Cuándo llegaré y veré el rostro de Dios!* Y Dios, aconsejándonos cariñosamente para alcanzarlo: *Portaos bien, y os salvaréis.*

Nosotros, caminando con esperanza firme, como le dice a Dios otro salmo: *Me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha.* Y Dios, insistiendo: *No te voy a dejar ni te voy a abandonar.*

Podríamos seguir multiplicando los textos de la Biblia y en todos ellos descubriríamos cómo Dios no es alguien que esté desentendido de nosotros, sino que somos su única preocupación.

Y descubriríamos también que nuestra actitud ante Dios no es pasiva, de resignación, de silencio, de adoración temerosa; sino que debe ser de una búsqueda activa, de un trato amigable con quien sabemos que nos ama, de una ilusión grande por que desaparezcan las sombras de la fe para poseerlo cara a cara en gloria.

Dios, en una palabra, llena nuestro día entero y toda nuestra existencia de principio a fin. Dios es Alguien que cuenta en nuestra vida y con el cual contamos nosotros también.

No podemos negar que la espiritualidad de nuestros días ha ganado muchos puntos en cuanto se refiere a relaciones con Dios. ¿Mirar a Dios allá arriba en las alturas del Cielo, desentendido de nosotros? Eso no se nos ocurre... ¿Mirar a Dios sólo como un Juez severo, que se pasa el día de nuestra vida escrutando nuestras acciones, para pedirnos cuenta rigurosa cuando llegue el momento?

Tampoco esto nos gusta ni nos entra en la cabeza...

Hoy queremos un Dios verdaderamente “Padre nuestro”, que merece todo nuestro respeto, pero que sobre todo busca nuestro amor. Y entonces nosotros, sabiéndonos amados de Dios, buscamos también a Dios con amor y por su amor somos capaces de hacer muchas cosas, empezando, naturalmente, por cumplir su voluntad.

*Buscar el rostro de Dios* —expresión tan repetida en la Biblia— es querer familiarizarse con Dios, sobre todo en la oración, diálogo de amor entre El y nosotros. Lo más opuesto a esta búsqueda del Dios que nos ama es el huir del Dios a quien se le tiene miedo.

Como les pasaba —antes de que se convirtieran a la fe cristiana—, los miembros de una tribu en el corazón del Africa, que no sentían sino miedo del Ser Supremo que veían en el cielo. Los primeros descubridores europeos, les preguntaron:

- *Pero, ¿por qué le tienen miedo a Dios?*

Y ellos, con su lógica rudimentaria: *-Porque baja de cuando en cuando a nuestro campamento y se lleva las almas de los que mueren.*

Y los pobres se pasaban la vida huyendo de Dios, que era un Dios severo. Cuando abrazaron nuestra fe, en vez de huir de Dios, se pasaban horas y horas felices en la iglesia, cantando y rezando y acercándose a ese Dios que les ama y que se les daba tan bueno en la Sagrada Comunión, “en la cosa blanca de Dios”, como llamaban candorosamente a la Hostia Santa.

El huir de Dios es propio de la mala conciencia, como lo vemos nada más abrir las páginas primeras de la Biblia. Peca Adán, y responde a Dios que le busca: Señor, he oído tu voz en el jardín y me he escondido, porque estaba desnudo... Mata Caín a su hermano, y le responde cuando Dios le reclama la sangre de Abel: *Me esconderé lejos de ti, y huiré, huiré lejos...*

Pero éste alejarse de Dios es el disparate último que se puede cometer.

La mejor manera de huir de Dios es esconderse en el mismo Dios. Aquella pobre prostituta no puede con el peso de su conciencia. Pero en vez de huir de sí misma, se mete con valentía en la sala del banquete y se echa a los pies de Jesús; sin decir una palabra, vacía sobre los pies del Maestro todo el perfume que trae en sus manos, y oye del Señor: *Se le perdona todo, porque ama mucho...*

A partir del Calvario, Dios mismo ha señalado un refugio impenetrable para cualquier acusador, y es el Corazón rasgado de Cristo. Quien se mete en las Llagas de Cristo, ¡qué poco miedo puede tener del Dios vengador!

Esto suena a Evangelio puro. Nosotros buscamos a Dios en todo y lo descubrimos en cualquier acontecimiento.

En el esplendoroso amanecer descubrimos la luz de Dios, difundida en el mundo por el Sol que es Jesucristo. En el atardecer, adivinamos el declinar de nuestra vida, que acaba aquí para abrirse a los horizontes eternos de Dios. Durante la noche, nos percatamos más que nunca del Dios que nos ama, y nos concede el descanso para que gocemos del amor en la intimidad del hogar. Descubrimos a Dios en la flor hechizadora, en el pajarito cantor, en el árbol cargado de frutos, en el río que reparte la vida por los campos. Con la fe descubrimos a Dios en una catástrofe y lo descubrimos sobre todo en el hombre, en cualquier hombre, hijo de Dios y hermano nuestro.

*¡Buscaré tu rostro, Señor!, decimos también nosotros con el salmo. Y al encontrarlo, vemos dibujada siempre en ese rostro divino una sonrisa celestial. ¡Cómo nos ama Dios!...*